

I

Parece necesario, antes que nada, hacer algunas precisiones terminológicas y de conceptos. ¿Cómo entender la expresión "cultura dependiente"? Es tan absurda como su antónima: cultura independiente. No puede ser ideal una cultura autónoma, en el sentido de desligada de otras culturas. Ni ideal ni siquiera posible. Parece que es de la esencia de las manifestaciones espirituales su comunicación, su tendencia a transmitirse en el espacio y el tiempo, a mezclarse con otras expresiones análogas. En la amalgama surgen nuevos productos, quizás más ricos que los originarios, distintos en todo caso, renovados y renovadores. El Dante lírico tiene mucho que ver con los líricos de la escuela siciliana, y ésta con la de los trovadores provenzales, desencadenadora a su vez de la poesía galaico portuguesa, que ciertamente no se puede desvincular de los ancestros peninsulares, ya arábigos, ya mozárabes. Mas del Dante del estilo nuevo surge el "Cancionero" de Petrarca, que invade la lírica de Francia, Portugal y España. O sea, Ronsard, Garcilaso de la Vega y Antonio Ferreira viven de unas raíces toscanas, de la Pro-

venza y del sur de Italia. Quienes en España —Gregorio Silvestre y otros— quisieron oponerse a las novedades petrarquistas, en un esfuerzo nacional tan comprensible como desatinado, sufrieron un revés absoluto. La fuerza de la historia y de la calidad estética impondría a los por ellos combatidos, a los que deseaban la fusión, la mezcla, el trasplante. Fueron precisamente, por lo demás, los Boscanes y los Garcilasos, implacables extranjerizantes, los que echaron a andar una creación que en pocos años, ya con Lope de Vega, Góngora y Quevedo, pasó a ser precisamente la gran poesía española de la época áurea; paradójicamente, la gran poesía nacional. Flaco servicio a la cultura propia se habría prestado en la continuación exclusiva del cultivo de romances y endecasílabos de gaita gallega. Y, si cabe, un ejemplo más señero: la Roma imperial que conquista el mundo conocido de la época, no sólo no se siente disminuida al imitar en su creación artística los modelos griegos (escultura, tragedia, épica, historia, forma coloquial para el tratado filosófico, oratoria, etc.), sino que preconiza dicha imitación como el modo más feliz para lograr expresiones estéticas e intelectuales propias y valiosas. Es precisamente entonces, con la "Institución retórica" de Quintiliano, cuando se acuña el ideal artístico de la "imitatio" —difícil de entender hoy día— en la creación espiritual. El ejemplo de Virgilio, que tan

* Director del Departamento de Castellano del Centro de Perfeccionamiento del Ministerio de Educación y Profesor de Literatura de las Universidades Católica y de Chile.

fielmente siguiera en su obra capital, "Eneida", a Homero estaba tras las teorías de Quintiliano, destinadas a perdurar durante toda la Edad Media, en el Renacimiento y el Neoclasicismo dieciochesco. Absurdo habría sido que Virgilio hubiese dejado de elaborar su magna obra por el prurito de no seguir de cerca la *Ilíada* o la *Odisea*. Precisamente en la medida que las siguió pudo escribir el poema de los romanos, el poema imperial por excelencia. Sólo la actitud romántica individualista y admiradora del genio propio rompió una posición dos veces milenaria. Ruptura, empero, que no significó —por lo menos de hecho— aniquilamiento de la vieja posición, válida hasta hoy en muchísimos respectos.

La cultura se basa en la comunicación espiritual y de los productos del espíritu, y supone influencias artísticas, intelectuales y científicas; sin ellas, prácticamente no es dable siquiera imaginarla. Pero la cabal y completa comprensión de esta realidad exige que, a su vez, la cultura influida sea cultura influyente en la anterior y en cuantas otras queden a su alcance. La presencia será, por la naturaleza de las cosas, mutua. Naturalmente, el grado de la presencia que pudiera llamarse reversible será distinto según la forma en que concurren múltiples factores, como la fuerza y la originalidad de la nueva cultura, el momento de su interior historia en que se encuentre; determinados elementos, además, de otra índole, como políticos, sociales y económicos, condicionarán asimismo esa influencia recíproca.

Desde tal punto de vista parece inadecuada la expresión cultura "dependiente", si por tal se entiende la imposibilidad de revertir presencias e influencias (presencial influyentes) o la obligación de sólo recibir al agente forastero. Preferimos hablar, por lo mismo, de INTERDEPENDENCIA CUL-

TURAL, o sea de aquella situación en que dos culturas determinadas (en la realidad la interdependencia es plural, no sólo entre dos) condicionan mutuamente su crecimiento y la forma que tal crecimiento reviste.

Con el empequeñecimiento del mundo debido al progreso inusitado de la tecnología en los últimos años, la natural interdependencia de las culturas se intensifica y se universaliza. Lo que otrora ocurriera en medida escasa, en plazos extensos y en número reducido, se intensifica, se acelera y se multiplica. La vigencia de una determinada forma cultural obviamente será cada día menor, mas tal disminución quedará compensada por la vastedad espacial de su alcance. De su modo prístino de existencia habrá de pasar pronto dentro del proceso vivo de la contaminación a nuevas formas existenciales; o sea su vigencia corta en sí misma será extensa en cuanto ser alterado, hecho otro. De aquí la importancia que el progreso tecnológico sea puesto indiscriminadamente al servicio de todas las expresiones de todas las culturas. Cualquiera discriminación en este sentido acarrearía —y de hecho ha acarreado— desequilibrios manifiestos en cuanto impediría la ley compensatoria recién enunciada.

A la vista está el peligro señalado en un mundo en que el progreso técnico y su base científica están monopolizados por escasas potencias. Intereses políticos y conveniencias ideológicas —tras ello, en muchos casos, razones económicas— mueven a favorecer el comercio cultural sólo en determinados sentidos y únicamente respecto de ciertos valores. El resultado es el estrangulamiento de lo postergado o, en el mejor de los casos, su crecimiento defectuoso, unilateral. Parece perentorio reclamar contra tal estado de cosas, denunciarlo y exigir una igualdad de trato para todas las expresiones valiosas del espíritu, vengan de donde vinieren, vayan a donde fue-

ren. Organismos internacionales como la UNESCO tienen al respecto un papel insustituible, que deberían abordar con gran elevación de miras y con decisión terminante. Por cierto, los gobiernos que los integran, en particular los de naciones en desarrollo, deberían poner en juego toda su capacidad diplomática y todos sus recursos para conseguirlo.

II

Mirado el caso de Chile a la luz de lo recién expuesto, no es difícil deducir algunas consecuencias interesantes y de importancia práctica.

En primer lugar, la obligación de que su cultura y sus centros culturales —artísticos, intelectuales, científicos, tecnológicos, etc.— estén abiertos en forma absoluta a las corrientes de influencia de otras latitudes.

Lo que podría llamarse la cultura chilena deriva de un modo peculiar de vivir valores traídos un día por el español, vinculado a su vez al mundo cultural de la Europa renacentista, con todas las implicancias de humanismo greco-latino y de prolongación de ciertos ideales de la Edad Media que la expresión conlleva. O sea, los valores aportados eran ya complejos, fruto de múltiples experiencias y cruces espirituales. Tales valores se modificaron en el dinamismo de una historia que implicó en primer término un largo abrazo guerrero con el indígena. Influencias luego de la Ilustración francesa y del constitucionalismo inglés, del Romanticismo y el Naturalismo europeos y, en fin, la presencia de múltiples ingredientes actuales: norteamericanos, alemanes, rusos, orientales, etc. Caso similar al de los restantes países latinoamericanos, en algunos de los cuales sin embargo se perfilan fisonomías singulares, ya por la

valiosa impronta cultural aborigen (Méjico, Guatemala, Perú, Bolivia), ya por la preservación de un rico patrimonio artístico español (Ecuador, Perú y Méjico, sobre todo), ya por el agente colonizador portugués (Brasil).

Nada más natural, en todo caso, para Chile, dentro del concepto de interdependencia subrayado, que procurar una comunicación intensa y constante con los demás países latinoamericanos. La comunidad de historia y de lengua (el brasileño, enormemente influido por el castellano, no alcanza a ser de hecho barrera idiomática en Sudamérica), la vecindad geográfica, las conveniencias políticas y económicas aconsejan dar a esta tarea una prioridad absoluta. Se trata de ahondar en lo común no menos que en lo diferente, de aprovechar lo distinto y de conocer el modo peculiar en que los valores fueron desarrollados. Mas esto no puede quedar en la declaración vaga y general, sino ha de concretarse en medidas grandes y pequeñas, a corto y a largo plazo. Muchas de ellas han sido ventiladas en congresos y por la prensa. No está de más recordar algunas, las más urgentes, pues por desgracia la realidad dista harto de los buenos propósitos que animan la mayoría de aquellos debates.

1) Sistema de becas que permita el traslado asiduo de artistas, intelectuales, científicos, profesionales, dirigentes gremiales y políticos, etc. por todo el continente, en aras del estudio del país visitado y de la difusión seria y a diversos niveles de los valores propios. Los viajes de estudio actuales se dirigen casi exclusivamente a Europa y los Estados Unidos de Norteamérica y su principal objetivo es adquirir conocimientos y ganar grados académicos; la difusión de lo vernáculo prácticamente no tiene lugar en ellos. El turismo entre hispanoamericanos casi no existe; está de hecho reservado a gente adinerada y uno de sus principales incentivos es la adquisi-

ción de artículos suntuarios. No es posible que nuestros artistas sigan viajando sólo a París o a Nueva York y que desconozcan El Cuzco y Quito, Méjico, Macchu Picchu o el norte de Brasil, sitios que deberían constituir verdaderos centros de peregrinación de los pintores, arquitectos, escultores y poetas del continente. Facilidades económicas, administrativas, hoteleras y propiamente artísticas deberían, en el ejemplo propuesto, facilitar enormemente este intercambio humano, base y meta a la vez de la interdependencia cultural. Congresos, encuentros especializados, cursos, seminarios, etc. deberían organizarse para servir este mismo alto objetivo.

2) Eliminación total de cuantos obstáculos se oponen a la libre comunicación de bienes culturales, desde el libro hasta el cuadro, desde el hallazgo científico hasta la nueva disposición jurídica, desde la pieza de museo natural hasta la escultura. ¿Cuándo terminará el aislamiento cultural de nuestros pueblos? Ni siquiera intercambiamos especies para los zoológicos. Normalmente es más fácil encontrar en Chile un libro inglés o estadounidense que de Uruguay o las Antillas. En los liceos antes se estudia a veces el simbolismo francés que a Martí o Lugones, que al mismo Rubén Darío. Para ornamentar se sueña con los volúmenes de Henry Moore o los colores de Kandinsky y no con los de escultores y pintores de países hermanos. (Feliz excepción durante un tiempo la constituyeron los muralistas mejicanos).

3) Fomento mediante el impreso, el film, la diapositiva, el disco, etc. de la difusión de los auténticos valores culturales del continente. No es nada fácil encontrar reproducciones gráficas del barroco colonial, del plateresco americano, del gran monumento indígena.

Esta tarea de difusión debería tener un soporte sistemático en los programas de estudio de los diversos países latino-

americanos. Se está, por desgracia, bien lejos de tal ideal. Textos oficiales y privados dan cuenta innecesariamente, en efecto, de dificultades fronterizas, de guerras pasadas, de nacionalismos trasnochados y separadores. Algo se ha hecho últimamente en las asignaturas de Castellano y Ciencias Sociales, en Chile; pero es mucho lo que resta por hacer. Uno de los aspectos del Pacto Andino es la integración cultural; dentro de acuerdos recientes tomados por los Ministros de Educación respectivos en Bogotá hay posibilidades muy cercanas de trabajos integracionistas. Cuanto sea continuar en dicha línea y de intensificarla parece positivo y urgente.

III

Un aspecto diferente pero complementario del recién visto estriba en prestar mayor atención a cuanto implica participación del pueblo en la intercomunicación cultural. Esta no puede quedar relegada al producto aceptado por las élites, por los grupos selectos. Ni tampoco, a lo producido por dichos grupos. Nadie podría negar la enorme fuerza creadora del pueblo en cuanto tal. Manifestaciones sin fin de poesía tradicional y folklórica, de danzas y canciones populares, de cerámica y expresiones ornamentales, de tipos constructivos, etc., dan buena cuenta de la existencia de dicha fuerza. Si ella se ha podido manifestar a pesar de tantas dificultades sociales y económicas como las que han acongojado y continúan aquejando a los núcleos más modestos de la sociedad, ¿qué no podría esperarse si el sistema los liberara y les facilitase su tarea creadora? La participación de que tanto se habla en el plano político y económico ha de ocurrir también en el de los valores del espíritu, desde el arte

hasta la ciencia. Por cierto, la educación básica generalizada, las efectivas oportunidades democráticas de estudios en la enseñanza media y en la superior y la difusión masiva de libros y discos y las facilidades para asistir provechosamente a museos de todo tipo están detrás de este ideal que, de realizarse, no sólo haría justicia a inmensos sectores ciudadanos hoy postergados, sino también daría posibilidades de incalculable crecimiento a los mismos logros culturales del país.

Esta liberación es fundamental para que el hombre sea capaz de recibir críticamente las entregas masivas de productos que le llegan a través de la prensa, la propaganda radial y de televisión, del discurso demagógico. Mientras esta liberación no ocurra, el hombre depende culturalmente; es el único caso en que, por desgracia, adquiere pleno sentido la expresión "cultura dependiente". Quien carece de posibilidades de criticar lo que llega a sus manos y a su espíritu y de posibilidades de ser parte, en cualquiera forma, del proceso creador de los bienes culturales, está irremisiblemente condenado a una dependencia trágica, consistente en que otros le piensen la vida y las soluciones y a que otros le hagan cuanto él necesita para satisfacer sus ansias de gozo interior. Cuando esos *otros* actúan movidos por intereses bastardos, hecho que ocurre con excesiva frecuencia, la situación se torna intolerable. El hombre queda en situación subhumana. Su cultura es pavorosamente dependiente, ya del dinero, ya de la torpeza, ya de la bastardía ideológica, ya de la seudociencia, etc. ¡Pocas tareas más importantes y más hermosas que ésta para los jóvenes, para los universitarios y para las Universidades, para los políticos, para los dirigentes gremiales del país! Chile será más chileno y a la vez más universal y los chilenos serán más seres humanos cuando esta liberación ocurra y se ge-

neralice plenamente. Habrá nuevos incentivos entonces para crecer, para llegar a adulto, para vivir y convivir.

IV

Pero el país no satisfará sus obligaciones culturales sólo en el intercambio con las naciones hermanas del continente. Le corresponde también una actitud de apertura hacia otras corrientes y expresiones del espíritu, especialmente europeas. Lo español, lo francés, lo germano, lo inglés, lo italiano, etc. tienen tras sí una riqueza de valores tan enorme, que resultaría desproporcionado cualquier intento de ponderación en pocas líneas. Esa riqueza, en cuanto integra de modo sustancial la cultura de Occidente, a la que Chile pertenece, debe ser conocida y aprovechada y hacia ella debe revertir, en la forma que sea posible, lo mejor de la cultura patria. Hay que convencerse que la catedral vieja y el edificio cívico de la Antigüedad, que el gran artista del Renacimiento y de hoy, que el pensador dieciochesco y decimonónico, no menos que el actual, pertenecen no sólo a la nación que los acunara, sino a la humanidad toda. Nadie puede ser indiferente al gran hallazgo interior, menos quienes por razones de tradición e historia pertenecen a su misma raíz. El viaje de estudios, que ciertamente implica la adecuada dosis de espíritu crítico, deberá continuar a los países de la vieja Europa, capaz —como históricamente lo ha demostrado y continúa demostrando— de renovarse constantemente. Hay sobre todo la posibilidad de adquirir en ella una metodología de estudio y de investigación que se echa mucho de menos en Hispanoamérica, particularmente en las llamadas ciencias del espíritu. El dominio por grupos selectos de idiomas

extranjeros es, para estos efectos, algo primordial; no es lujo el dominio de inglés, francés o alemán. En ciertos casos, incluso el manejo adecuado de las mal llamadas lenguas muertas es algo indispensable. Si no se quiere que culturalmente Chile sea una nación sin raíces, sujeta a los vientos improvisados de corrientes quizás superficiales y negativas, es necesario este entronque con las naciones viejas y de larga historia. No sólo el mundo precolombino está en nuestros ancestros, que también cuenta la historia europea. Por último, la lengua que hablamos no es sino una derivación del latín.

Están, en fin, las intensas y también contradictorias vinculaciones con el mundo cultural norteamericano. El punto ciertamente se complica y nubla en cuanto es difícil desligarlo de relaciones políticas y económicas, en general fuertemente criticadas en Chile y en otras naciones latinoamericanas. Tales críticas, sin embargo, no podrían justificar una desvinculación con el enorme país del Norte. Sus Universidades, sus institutos de investigación científica y tecnológica, sus centros especializados de desarrollo agrícola e industrial, sus publicaciones, etc., son un hervidero singular, poderosísimo, en que el mundo espiritual y material del orbe da día a día pasos gigantescos. Ausentarse de ellos es vivir menos históricamente, es alejarse del hoy y, consiguientemente, no estar presente en el mañana. Es indispensable conocer una tecnología superadora momento a momento de lo que recién se hizo y cuyos efectos de hecho amplían y mejoran considerablemente el modo de vivir de muchos hombres en el mundo. El que este "muchos" no se transforme en "todos" no es culpa de la tecnología ni de la ciencia, sino de sistemas o intereses de suyo ajenos al desarrollo mismo producido por el espíritu humano. Este desarrollo es el que se debe conocer y, en la medida de las

posibilidades locales, aplicar en el país. Absurdo es cualquier aprendizaje sin afán de revisión, mas sin sentido también el que ese afán imposibilite de raíz el conocimiento mismo. El traslado, por consiguiente, con objetivos de estudios a los Estados Unidos de científicos y tecnólogos, de economistas y sociólogos, de hombres de letras y de músicos, de educadores, etc., es algo que debe fomentarse. Y no hay que temer la venida de expertos norteamericanos a centros de estudio nacionales. Su presencia puede ser un elemento catalizador de primera importancia en el avance científico nacional. Lo que hay que cuidar es el deseo de trasplante inmediato y total de soluciones que quizás son válidas sólo en el país de origen. De otra parte, no es utópico pensar en la im pronta cultural que puede y debe producirse mediante la acción organizada de agentes culturales de Chile y otros países del sur en los Estados Unidos. Es sabido que en éstos el primer idioma extranjero estudiado en escuelas, liceos y establecimientos de educación superior es precisamente el español. Y el idioma es la llave que abre la cultura respectiva. Sobre ello habría mucho que decir y precaverse, ya que el peligro de la "fuga de cerebros" es una dolorosa realidad.

Baste en todo caso lo anterior para dejar abierta la discusión acerca de la interdependencia cultural y el papel que en ella corresponde a Chile.

V

Convendrá añadir algo aun acerca de una concepción más lata del término "cultura" que la que hasta ahora se ha usado. La cultura valga ahora como sistema de vida, como manera de enfrentar de hecho la realidad en sus expre-

siones triviales o importantes, como sistema de entender en efecto las relaciones con las cosas y con las personas. Concepción ésta igualmente válida y por cierto no opuesta a la antes vista, en que la cultura aparecía sobre todo en cuanto "bienes culturales", en cuanto el quehacer de dichos bienes y en cuanto a los operadores de ellos. Cada pueblo tiene, *es* en este nuevo sentido, una cultura. Diverso es el modo de vivir, de amar y de morir aquí y allí. Acerca de esto un solo punto: la obligación de todo el mundo —individuos e instituciones— de respetar dichas culturas. No se trata de no mejorar lo que sea defectuoso, dañino, negativo; sino de dejar en libertad para que los elementos positivos del vivir se manifiesten de un modo u otro, de acuerdo con peculiaridades específicas y ancestrales de cada grupo. Cuando no hay este respeto, la sociedad tiene el derecho de exigirlo.

Lo recién dicho tiene una vigencia muy particular en nuestros días, en países como Chile. Porque la masificación de los medios de comunicación va llevando a los pueblos a una verdadera enajenación de lo que les es más genuino en aras de un bienestar material primitivamente al menos no deseado, en todo caso no necesario. Es uno de los grandes pecados de las llamadas sociedades de consumo. El hombre vende (enajena) su peculiaridad de vida (sobriedad, por ejemplo, sencillez, afabilidad, espíritu hospitalario, etc.) para conseguir frigidere, automóviles, televisores y otros bienes a menudo superfluos y que alteran directamente ese modo de vivir o lo alteran indirectamente en cuanto se requiere un enorme esfuerzo para conseguirlos. La propaganda, psicológicamente dirigida con habilidad casi diabólica, convence a tirios y troyanos que no pueden existir

un día más sin tales o cuales comodidades, y para conseguirlas se echa todo por la ventana, se hipoteca junto con los bienes raíces la forma de conducta, la cultura. Esto ya no está en la línea de la intercomunicación, sino en la de la deformación, del aplastamiento de lo propio. Entiéndase bien: es legítimo aspirar al progreso y a los beneficios tecnológicos, pero ello no puede hacerse a costa de determinados precios. En este sentido parece justificado el intento de planificar el desarrollo de los apetitos y las necesidades o, si se quiere, de orientar las apetencias del pueblo por derroteros que, de una parte, le sean realmente peculiares y, de otra, estén en consonancia con sus posibilidades económicas y con las conveniencias generales en este punto de la sociedad.

Quizás algo análogo podría decirse de otra forma de enajenación: la intelectual o ideológica. Por parecer más audaces, más a la moda, más avanzados, más cultivados, etc., muchos se entregan sin mayor análisis a ideologías forasteras y desean sin más su implantación en el país. Se ha perdido en tal caso el sentido de lo propio, el espíritu crítico y —más grave aún— una suerte de íntima honradez, de autosinceridad. Lo extranjero cobra significación por el mero hecho de serlo (artículo importado) y lo que es ruptura cobra carta de ciudadanía de interesante y revolución. De nuevo, como en el caso anterior, una advertencia elemental: la permeabilidad de las ideas es indispensable y ya se la subrayó suficientemente; sólo que en el caso presentado no hay intercomunicación intelectual, sino burda y externa adhesión a caparazones de pensamientos, a frases hechas y manidas, presentadas con no menos habilidad que la Coca-Cola o determinado tipo de automóvil.

¡El sayo a quien le venga!